

las Escrituras (el otro capítulo fundamental sobre el mal es el 20, "Abejas y palomas", pp. 102-104). Otras, más llamativas, son intentos de ilustrar las ideas que son desafíos para la imaginación, sobre todo en el capítulo "Quimeras" (pp. 46-53). Es en estas páginas que Suhamy desafía a Daval a que ilustre "un elefante pasando por el ojo de una aguja" (p. 48), una "mosca infinita" (p. 49) o un "círculo cuadrado" (p. 50). Obviamente, por la contradictoriedad o imposibilidad de concebir adecuadamente estas ideas, no pueden convertirse en dibujos claros. Al contrario, lo que se obtiene es una ilustración adecuadísima del límite de la imaginación, cuando este coincide con el límite de la racionalidad.

Celebro la decisión de Editorial Cactus de traducir al castellano y publicar este libro. A quienes leemos a Spinoza no nos ofrece el análisis sistemático que encontramos en la profusión de *papers* y libros que invaden nuestras computadoras y bibliotecas. Sin embargo, nos reconecta con el sentido más terrenal de toda filosofía, del que a veces el trabajo académico nos distrae, y que es la continuidad de la explicación racional con una realidad que vivimos, en la que estamos inmersos y que nos llama a y permite realizar nuestra tarea. Para los neófitos en la lectura de Spinoza, este libro puede ser una vía de acceso al racionalismo extremo a través de las caras de la irracionalidad, que es el estado en el que habitamos casi todo el tiempo. Por medio de la risa, la admiración, la curiosidad, el placer estético y otras pasiones alegres, este trabajo permite acceder a los núcleos del sistema de Spinoza sin someterse a toda la rigidez de la palabra del autor. Es un libro que podemos regalar a nuestros padres, a nuestros amigos o a nuestros sobrinos con la garantía de que despertará en ellos el afecto más alegre de todos: el que nace de comprender.

Éticas comunitarias y lenguas lesbianas (y viceversa)

MATÍAS SOICH

(UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS, ARGENTINA)



Reseña de Cano, Virginia, *Ética tortillera. Ensayos en torno al éthos y la lengua de las amantes*, Buenos Aires, Madreselva, 2017 (2^{da} reimpr.), 128 pp.

Recibida el 14 de febrero de 2018 -
Aceptada el 18 de marzo de 2018

Como indica su subtítulo, los textos reunidos en este libro de Virginia Cano – doctora en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, docente, investigadora del CONICET y activista lesbiana y feminista – abordan, desde diferentes aristas, la estrecha relación entre el *ethos* (entendido como disposición o modo de ser, pero también como *morada*) y la *lengua* de las amantes, esto es, de la comunidad amante y activista lesbiana. Se trata de una recopilación de diversos textos, algunos de ellos publicados anteriormente en revistas y otros presentados oralmente en encuentros activistas y académicos entre 2011 y 2014. Todos ellos son fruto de debates e investigaciones que tienen como eje la pregunta por la relación entre las distintas prácticas (amatorias, escriturales, académicas, activistas) que conforman la subjetividad y la comunidad lesbianas. En este sentido, tal como se verá en el siguiente repaso, el libro se posiciona manifiestamente en el lugar de la pregunta que explicita las intersecciones, antes que en el de las respuestas o caracterizaciones definitivas. Fundamentalmente, este conjunto de textos se ocupa de la (difícil) tarea de conectar las prácticas institucionalizadas del saber con las del activismo, mostrando cómo ambas convergen en un mismo movimiento de subjetivación comunitaria. *Ética tortillera* se articula en cuatro partes, prologadas por un texto de Valeria Flores, cuya tonalidad de escritura preanuncia el gesto de rechazar la separación normativa entre lo personal y lo profesional, lo teórico y lo práctico. La primera parte, "Encrucijadas teórico-lesbo-gráficas", contiene un solo texto: "La lengua de la investigadora. Subjetividad lesbiana y academia", cuyo propósito es "reflexionar e inquirir sobre el rol ético y políticamente estratégico de posicionarse como

mujer-lesbiana-feminista en el espacio académico", además de "alumbrar algunas de las tramas que rompen la lógica binaria que contraponen lo personal a lo político, el adentro al afuera, la 'burbuja de cristal' a la realidad, la ficción a lo real, la academia al activismo y el amor a la investigación" (p. 23). Para ello, Cano parte de constatar el *ethos* académico como un mecanismo que regula qué puede y qué no puede decirse y pensarse en cada contexto. Según ese *ethos*, la (buena) teoría no puede ser personal. La autora se propone desafiar ese mecanismo reflexionando sobre los encuentros y azares que hacen posible "la irrupción del erotismo de los cuerpos y del deseo de las lenguas en la academia" (p. 25), para lo cual repasa su propio recorrido académico señalando, en él, algunos encuentros más o menos explícitos con el feminismo en los pasillos y las aulas universitarias. Por otra parte, señala también las tensiones y estrategias que se ponen en juego al hacerse un camino académico como activista, lesbiana y feminista –por ejemplo, en la negociación que supone organizar las temáticas de interés personal y el propio recorrido biográfico-profesional a la hora de postularse a becas y cargos de investigación en el Estado. En este primer texto, Cano defiende la importancia y la relevancia de militar, además de afuera, *dentro* de la academia, en una toma de posición que puede considerarse como el marco ético-político general para las cuestiones particulares abordadas en el resto de los textos que componen el libro. Las razones que presenta para apoyar esta posición son dos. En primer lugar, sostiene que (también) debe militar dentro de la academia porque ese "adentro" es tan político como el "afuera", en tanto la regulación académica de los saberes (no)

legitimados incide directamente sobre la formación social de subjetividades más o menos abiertas al pensamiento crítico (como, por ejemplo, el feminista). En este sentido, la relevancia política de la academia consiste en que nos da "la posibilidad de discutir y negociar no sólo los saberes, sino también los modos de pensar la vinculación entre ellos y los sujetos que los re-producen, enseñan, critican y transforman" (p. 31). En segundo lugar, sostiene que hay que militar dentro de la academia porque se trata del ámbito que ha contribuido a formar la lógica dual en base a la cual, históricamente, se ha expulsado de aquélla a las lesbianas, a las feministas y a todas las personas disidentes. Por lo tanto, dice Cano, la academia debe ser objeto de un trabajo de *implosión*, que abra el acceso a las personas excluidas. En este punto, puede leerse en la autora un reconocimiento tácito de la academia como ámbito (aún) portador de un valor que merece ser objeto de un derecho a ampliar (en lugar de, por ejemplo, el blanco de un ataque generalizado en nombre de un puro "afuera"). Cano se pregunta, finalmente, por la posibilidad de una *militancia académica*. En su respuesta –afirmativa– defenderá el valor estratégico de las categorías identitarias con toda su contingencia; ya que, por ejemplo, en su recorrido personal, presentarse en la academia como una *mujer-lesbiana* le permitió poner explícitamente en juego lo artificial de la separación normativa entre categorías como adentro/afuera, personal/político y pensamiento/experiencia. En ese sentido, *mujer-lesbiana* "es la palabra que intenta alumbrar un lugar inquietante y huidizo que nos recuerde lo limitado, lo sesgado, y aun así significativo, de todo punto de vista (o categoría)" (p. 35). La segunda parte del libro, con el título

"Tortear la producción del saber (académico)", contiene dos textos que, cada uno a su manera, prolongan la exploración lésbico-teórica anunciada en la primera parte. En el primer texto, "Fragmentos pornográficos: esbozos de una (est)ética tortillera", Cano se propone trazar una narración lésbica a partir del anudamiento de dos prácticas constitutivas de cuerpos y saberes: la práctica amoratoria y la escrituraria. La (est)ética tortillera nacida de estas prácticas se apoya en tres inspiraciones, que la autora desarrolla a lo largo del texto. En primer lugar, una inspiración foucaultiana: la *ars erotica* del primer volumen de la *Historia de la sexualidad* se propone, aquí, como base de una *ars lesbiana*. Siguiendo a Foucault, esta se presentará a distancia de la *scientia sexualis* –dominada por la voluntad de saber y el mecanismo de la confesión, que inquiriría, por ejemplo, sobre los rasgos propios de una "lesbiana verdadera"–, sosteniéndose en cambio en "la pregunta que interroga por los modos en que las lesbianas cogemos, escribimos, y –más específicamente– narramos nuestra(s) sexualidad(es)" (pp. 49-50). En segundo lugar, la (est)ética tortillera se inspira en la obra de Barthes, en tanto se propone como una empresa fragmentaria, no sistemática; un discurso amoratorio compuesto, como lo expresa el título de este texto, de *retazos pornográficos*. En este sentido, Cano trae dos retazos/figuras de Wittig y Zeig, en los que se entrecruzan "la que coge y la que escribe" (p. 52), a fin de esbozar la *ars lesbiana* como un ejercicio amoratorio-escriturario signado por lo lúdico, la crueldad, la delicadeza, la intensidad, la amplitud y la celebración –desde un posicionamiento situado que, una vez más, procura no incurrir en reduccionismos en función de una supuesta "verdad del lesbianismo". En tercer y último lugar,

la propuesta de una (est)ética tortillera resuena explícitamente con la propuesta-aguijón de una *ética marica* que fuera ya lanzada por el filósofo y activista español Paco Vidarte. Especialmente, en la medida en que dicha ética supone y exige el desafío de "inventarnos un nosotros" desde el cual resistir las éticas que se presentan como universalistas pero que, en verdad, son formuladas e impuestas por quienes gozan de mayores privilegios a costa de las minorías. Siguiendo a Vidarte, la afirmación ética crucial será, para Cano, la de la pertenencia a un colectivo que se sabe en permanente construcción y que se esfuerza por mantenerse como un lugar abierto. Un colectivo –lesbiano o marica– sin el cual no existe afirmación posible de un "yo". Siguiendo el ejemplo de Cano, por amor al texto, me permito aquí contrabandear una cita directa de Vidarte: "Frente a este sujeto liberal omnipotente –cuyo fracaso social se le atribuye sólo a sí mismo [...]– debe alzarse otro sujeto, que no se concibe como sujeto más que a partir de una *pertenencia previa a una comunidad* [...] No se es marica y luego se identifica uno o no con un colectivo gay, con la comunidad LGBTQ. *No somos nada antes de ser maricas*" (Vidarte, P., *Ética marica. Proclamas libertarias para una militancia LGBTQ*, Madrid-Barcelona, Egales, 2007, pp. 29-30). Por eso, porque no somos nada antes de ser (comunitariamente) lesbianas (o maricas), es que la invención de un *nosotras* tortillero permitirá, para Cano, "poblar de sentido el desierto" (p. 58). El segundo texto de esta segunda parte, "(Des)hechos contractuales: la potencia contra-natural de las lesbianas en Monique Wittig", tiene como objetivo "pensar la vinculación de las categorías de 'mujer' y 'lesbiana' desde la óptica del contrato social" (p. 75). Para ello, Cano traza el puente que conecta a Rousseau con Wittig,

relacionando la formulación rousseauiana del pacto social injusto, como origen artificial de la desigualdad entre los hombres, con la concepción wittigiana del *contrato heterosexual* como apropiación injusta del trabajo de las mujeres, amparada bajo la categoría naturalizada del "sexo". Partiendo de estas premisas, la autora se pronuncia por una re-escritura continua del contrato social, que destituya el pacto heterosexual y permita organizar de otro modo los cuerpos y las existencias. En ese punto, enfatiza especialmente el problema de la *selección*, es decir: cuáles categorías, de aquellas que sostienen el contrato social, deben directamente descartarse o declinarse; y cuáles, en cambio, merecen ser estratégicamente reformuladas. Respecto de este problema, concuerda con Wittig en que la categoría reificadora de "naturaleza femenina" debe ser declinada; pero, por otro lado, sostiene que ello no obsta para que sea deseable la reformulación estratégico-política de ciertas categorías identitarias señaladas, precisamente, por su transgresión del contrato heterosexual. Tal sería el caso de categorías como "mujer(es)" y "lesbiana(s)", respecto de las cuales agregar la marca del plural permitiría reinscribirlas como "campos abiertos, no sustancializables ni reificables, de re-pactación social" (p. 73). Para Cano, la apuesta por una reformulación selectiva, estratégica, abierta y continua de esas categorías es algo que da sentido a (re)afirmarse como lesbiana y feminista.

La tercera parte del libro, "Ficciones de una teoría lesbiana", consta de dos textos. El primero, "Una exploración en torno a la lengua tortillera", constituye un ensayo, una cartografía abierta de las taxonomías que traman la *tortilengua*. Esta es concebida como un lugar fundamental para la construcción de "un refugio, un modo de

problematizar el mundo, una trinchera" (p. 84). La *tortilengua* también conforma, entonces, un *ethos*, en tanto las palabras de cualquier lengua suponen a la vez una morada y una tecnología de producción subjetiva. El ejercicio de analizar las taxonomías de la lengua lesbiana a través de cartografías tiene, para Cano, dos aristas. Por un lado, permite reflexionar sobre los principios de (in)inteligibilidad en base a los cuales las lesbianas "nos leemos, interpretamos, llamamos e interpelamos entre nosotras" (p. 86). El foco está puesto en cómo dichos principios pueden habilitar, no sólo una función auto-constituyente, sino también una función coercitiva –cuando las palabras y los nombres son instituidos como parámetros valorativos, de los que se deriva una disciplina de la (in)adecuación. Por otro lado, el análisis de estas taxonomías abre una reflexión más "positiva", que permite preguntar(se) por los puntos nodales de la construcción colectiva de un *ethos* lesbiano.

Tomando de Sedgwick y Halberstam la noción de *taxonomías inmediatas* (aquellas que nos formulamos a diario para poder operar en el mundo y que, a menudo, no devienen conscientes), Cano encarará entonces su propia taxonomía inmediata de la *tortilengua*, advirtiendo que dicho intento está condenado a ser abierto, inestable e insuficiente –a este respecto, la frase "todas las tortas son distintas entre sí" representa un auténtico Axioma (p. 89). Tras pasar revista a parte del léxico lesbiano –mencionando, entre muchas otras, expresiones como "torta-femme", "chonga", "lesbiana trans", "tortón patrio", "la putorta", "la del Oeste" y la "abortorta"–, la autora se pregunta por los criterios clasificatorios subyacentes a ese amplio arco de denominaciones. Para responder a esta pregunta, propone cuatro ejes

que, sin ser excluyentes o tajantemente delimitados, permiten agrupar las formas del nombrar(se) lesbiano: un eje est/ético, un eje sexo-afectivo, un eje geo-político y uno narrativo. Se trata de una red de líneas clasificatorias frente a las cuales cada lesbiana se relaciona de un modo singular, pero de cuya influencia, asegura Cano, ninguna está totalmente exenta. El texto finaliza enfatizando que esta tarea de análisis taxonómico, si bien importante para la constitución colectiva de un *ethos* lesbiano, supone siempre, en primer lugar, un uso vivo de la *tortilengua*, sin el cual no habría taxonomía posible y aquélla perdería sus necesarias plasticidad y capacidad de reinventarse.

El segundo texto de la tercera parte se titula "Esas raras teorías nuevas: o la(s) crítica(s) de la razón (hetero)sexual". Aquí, Cano busca vincular las teorías que denuncian la razón (hetero)sexual con el carácter *crítico* del pensamiento, remontándose para ello a la noción kantiana de la crítica como *límite*, revisitada a través de Foucault. La actividad crítica no será algo a ejercer desde lo "alto" de la teoría, sino más bien desde un lugar-otro, que no está arriba, con lxs salvadxs por la luz filosófica, ni tampoco abajo, con lxs condenadxs a la oscuridad. La relación de este ejercicio crítico con el límite será la del *franqueamiento posible* (Foucault), a partir del reconocimiento del carácter contingente del pensamiento y sus situaciones. En este sentido, la disposición de base para la crítica adoptada por la autora es la aceptación de que no existe un lugar "salvador", sino que "en todo caso, la lucha es por la variabilidad de las posiciones y de la multiplicidad de los colores. Por la aceptación de su carácter endeble y transitorio" (p. 103). Para reflexionar sobre y ejemplificar estas cuestiones, Cano recoge dos frases

surgidas del activismo lésbico argentino. La primera, "Norma es heterosexual. Victoria es lesbiana", le permite explicar de modo general cómo las teorías de la disidencia sexual, al cuestionar los límites normativos de la (hetero)sexualidad, se inscriben en esa visión del pensamiento crítico. La segunda frase, "Cómo romper sin romperse", le permite ligar la acción de la crítica con el "bajo caos" que la tradición filosófica occidental siempre ha rechazado: un caos ahora revalorizado como el sitio lúgubre y repleto de sentidos en el cual filosofan, critican y cuestionan quienes se saben no-salvadxs. La afirmación-valoración final de este texto será, una vez más, la de la contingencia que permite construir –y celebrar– encuentros (lésbicos) comunitarios.

El epílogo, cuarta y última parte del libro, contiene dos textos breves. "Titubea mi lengua", de estilo literario-filosófico, juega en torno a (el largo de) la lengua lesbiana; mientras que "A modo de agradecimiento, una epístola tortillera" cierra el libro haciendo explícitos los encuentros y los nombres del activismo lésbico argentino contemporáneo que constituyeron, en la vida de la autora, el entramado comunitario de prácticas de las que nacieron los textos recopilados.

El interés inherente a este libro se desprende directamente, a mi parecer, del conjunto de cuestiones y preguntas que acaban de ser recapituladas. Si bien el vocabulario y la argumentación corresponden al registro académico, una tesitura más cercana a la oralidad en ciertos textos, junto con la voluntad explicativa que se trasunta en el conjunto, lo convierten en un material que apunta, potencialmente, a un público más amplio –empezando por el activismo lésbico (académico o no), los activismos de

la disidencia sexual en general y por cualquiera no directamente vinculadx pero igualmente curiosx y/o interesadx. Una de las mayores virtudes del libro es su voluntad escrituraria constante de inscribir el *saber* en el conjunto de las *prácticas* activistas, y a ambos en la esfera de los procesos colectivos de subjetivación. Por otro lado, en nuestro actual contexto político –donde una creciente visibilización y discusión de cuestiones como los feminismos, la diversidad sexual y el derecho al aborto legal, seguro y gratuito, impulsada por los colectivos feministas y de la diversidad, responde a la también creciente criminalización y violencia institucional sobre dichos colectivos (recuérdese, por ejemplo, el reciente procesamiento de dos lesbianas por besarse en una estación de subte de la Ciudad de Buenos Aires)– en este contexto, decía, decir-escribir “yo, lesbiana” en clave comunitaria es en sí mismo un acto político valioso. En este sentido, la reciente reimpresión del libro de Cano abre la mirada y la escucha a la existencia lesbiana en el seno de la academia, apoyándose sobre el piso de visibilización y luchas iniciado por Adriana Carrasco e Ilse Fuskova con la publicación de los *Cuadernos de existencia lesbiana* (cuyo primer número apareció el 8 de marzo de 1987).

Como críticas a señalar, apunto solamente dos cuestiones formales. En primer lugar, la distribución de los textos en las diferentes partes del libro no parece del todo clara en términos de su organización temática (por ejemplo, “Fragmentos pornográficos...” y “Una exploración en torno a la lengua tortillera”, por un lado, y “(Des)hechos contractuales” y “Esas *raras* teorías nuevas”, por el otro, mantienen una mayor afinidad entre sí que con sus respectivos “compañeros” de parte). En segundo lugar, hay momentos en

que el esfuerzo de la autora por sostenerse en las preguntas sin caer en respuestas cerradas –si bien filosóficamente incuestionable– deja no obstante, en quien lee, las ganas de saborear afirmaciones más concretas sobre los modos del hacer, amar, leer y escribir lesbianos que mueven el texto (especialmente cuando quien lee no forma parte de esa colectiva). Estos dos señalamientos –el último de los cuales, por cierto, bien podría atribuirse a la persistencia maligna de una *voluntad de saber*– se realizan teniendo en mente específicamente la *experiencia* de la lectura; pero no atañen, como es obvio, a la riqueza de conceptos y preguntas entrecruzados que nos acerca Cano con esta *Ética tortillera*.

normas y políticas editoriales